

El Papa Paulo IV y su familia, pues creó cardenales a tres sobrinos, intentaron por todos los medios de ir en contra de España y de sus posesiones en Italia, para ello buscaron indisponer permanentemente a los príncipes italianos contra el Emperador y no lográndolo buscó alianza con los franceses, llegando a una guerra abierta con los ejércitos españoles dirigidos por duque de Alba, virrey de Nápoles durante ese tiempo.

Viéndose completamente vencidos los ejércitos del papado y sin esperanza alguna de éxito se llegó a firmar la paz, a petición de nuestro rey Felipe II y con la mediación de la República de Venecia y el duque de Florencia.

Así nos lo cuenta D. Ángel Martín González: *“Cuando iba a entrar en Roma victorioso recibió órdenes de Felipe II para que hiciera las paces con el Pontífice, porque el rey católico obtenía la aplastante victoria de San Quintín, no deseaba seguir combatiendo con la Iglesia... Se parlamentó, pues en los campos de Cavi por una y otra parte, y el 14 de Septiembre de 1557 el vencedor prometió devolver al Papa todas las tierras que le había ocupado. Paulo IV, a su vez, renunció a la liga hecha con el rey de Francia para atender en adelante al cumplimiento de sus deberes de Padre y Pastor común. Se perdonó por ambas partes a las personas que habían intervenido en esta lucha... Los romanos recibieron exultantes de alegría al duque de Alba, que rodeado de la guardia pontificia, entró en Roma, atravesó las calles, llegó ante el Pontífice, que le esperaba rodeado de veintiún cardenales (entre los que se encontraba Pacheco). El duque de Alba se postró humildemente ante Paulo IV, le besó el pie y le pidió perdón. El Sumo Pontífice lo recibió afectuosamente y le concedió muchos honores y distinciones; y aquel año envió a la duquesa de Alba la rosa de oro que fue recibida en Nápoles con religioso alborozo en la iglesia catedral...”*

El emperador Carlos V y posteriormente su hijo Felipe II conocedores de la delicada situación de las relaciones con el Papado en esta complicada época depositaron en el cardenal Pacheco toda la confianza para que éste las gestionase. Y por esta razón es arrancado del virreinato de Nápoles y llevado a la Curia Papal para cuidar de los intereses de España junto al recién nombrado Papa, Paulo IV.

Después de la paz entre el Pontífice y el Rey Felipe II la actitud hacia el purpurado español cambia y se le reconocen los sufrimientos y trabajos que había soportado, como la ejemplar paciencia que mostró el cardenal Pacheco durante las hostilidades. Paulo IV le hizo obispo de Albano y cambió el título de cardenal de Santa Balbina por el de cardenal albanense.

De esta forma pasó a la dignidad de cardenal obispo, en vez de cardenal presbítero que había ostentado hasta entonces. También, a raíz de esta paz, se le dio el cargo de inquisidor de la Santa Iglesia romana.

La presencia de Pacheco en las celebraciones en la basílica de San Pedro y en la capilla Sixtina era frecuente, lo que manifiestamente aumentaba el reconocimiento de nuestro cardenal en la curia romana. Es nombrado por el Papa, delegado pontificio para la elección del sucesor de San Ignacio de Loyola como general de la Compañía de Jesús, siendo elegido para el cargo el padre Diego Láinez, con quien el cardenal había tenido estrecha relación en el concilio de Trento.

El 21 de septiembre de 1558 muere Carlos V en el monasterio de Yuste celebrándose, en cumplimiento del deseo de Su Majestad, sufragios por su alma. D. Ángel Martín González nos dice: *“El lunes 12 de diciembre se hicieron las exequias en la capilla pontificia “et missam celebravit Illmus. Card. Paceccus, praesente Papa, qui in fine absolutio-nem fecit”.*

En esta época el cardenal Pacheco llegó a gozar de la confianza del Papa, lo demuestra que fue nombrado para formar parte de la Dataría Apostólica que era un tribunal de gracias en el que se otorgaban las dispensas y beneficios. Solían formar parte de él un cardenal de plena confianza del Papa, ya que por su medio se tramitaba la concesión de obispados y abadías.

El Papa Paulo IV muere el 19 de agosto de 1559, la silla de Pedro queda vacía y la popularidad del cardenal Pacheco es suficiente para que en el siguiente cónclave sea uno de los cardenales que pudo ser nombrado Papa, sólo tres votos lo separaron del trono papal. La unión de franceses y romanos, que no querían un papa extranjero, lo impidieron. El devenir de este cónclave y la muerte de nuestro cardenal en Roma nos darán pie para el siguiente artículo.

